

La poesía
francesa
actual

Las palabras
que hacen
la poesía

Página 3



CONTRATAPA

Placer, ascensor,
frasquito,
bombilla

Página 4


télam
AGENCIA NACIONAL
DE NOTICIAS

SLT

WWW.TELAM.COM.AR

SUPLEMENTO LITERARIO TÉLAM | REPORTE NACIONAL

AÑO 5 | NÚMERO 219 | JUEVES 11 DE FEBRERO DE 2016



Pensar con los pies

Archivo Histórico de Revistas Argentinas | www.ahira.com.ar

FRIEDRICH NIETZSCHE.

Como en sus libros anteriores, Martín Malharro pone en acción en su última novela, *Cartas Marcadas*, al investigador Mariani, quien se autodefine como un buscador de cosas perdidas, para que recorra el túnel interminable del crimen, la codicia, el engaño y la corrupción. *Cartas Marcadas* es un libro póstumo de Malharro—nacido en 1952 y fallecido en mayo de 2015—

editado por Mil Botellas, que también publicó sus novelas *Selección de Niebla*, *Calibre .45* y *Carne Seca*. Con diálogos fluidos y silencios cortantes, Malharro arma una trama sugestiva sobre el mapa de un Buenos Aires y sus atmósferas—niebla, luminosidad, viento, sombras—que se adhieren a la piel del personaje central, Mariani, y su mirada siempre corrosiva y escéptica.



Pensar con los pies



OSVALDO QUIROGA

Alguna vez Lacan, el psicoanalista francés, habló de pensar con los pies. Se refería, claro, a que el pensamiento no está localizado solo en la mente, como habitualmente se cree. Se piensa con todo el cuerpo, de ahí la afirmación del hombre que volvió a leer a Freud y al hacerlo abrió nuevos caminos para el pensamiento. Desde otro lugar, y siempre con su asombrosa inteligencia, Heidegger escribió uno de los grandes libros del siglo XX: *Qué significa pensar*, todo un derrotero sobre la forma en que generamos ideas y nos vemos a nosotros mismos.

Los filósofos también son escritores. Que la materia sean las ideas o la creación de conceptos no significa que no se vehiculicen a través de formas literarias. Desde Platón hasta Alain Badiou, cada filósofo generó su propio estilo de escritura. Es más: en la escritura está la filosofía. En ese sentido, el *Nietzsche* de Virginia Cano, que es uno de los libros inaugurales de la colección "La revuelta filosófica", editada por Galerna y dirigida por Luca Soares, es un excelente ejemplo. Y no sólo porque transmite las ideas del autor de El origen de la tragedia griega, sino, y esto es más importante, porque dialoga con ellas. Virginia Cano, Doctora en Filosofía, se impone también en el texto como la autora de un pensamiento propio y original, a la vez que desarrolla su singular mirada sobre Nietzsche.

El primer tema que aborda el libro es el de la verdad. "Para Nietzsche—escribe la autora—, la verdad 'no es algo que está ahí y que abría que descubrir', encontrar o liberar. En todo caso, es el producto de esta necesidad de volver formular nuestras vidas, de construir un mundo que nosotros adapte a nuestras necesidades de cálculo y supervivencia. Detrás de la verdad, de nuestro instinto de veracidad, anida la 'voluntad de

poder', la cual refiere a un proceso, mejor aún, a una voluntad de subyugar que en sí no tiene fin". El perspectivismo nietzscheano es claro: "No se vuelve a encontrar en las cosas nada que uno mismo no haya introducido en ellas". Para el filósofo alemán no hay saberes verdaderos. Su filosofía es profundamente demolidora. Trae abajo las construcciones del platonismo con violencia y sutileza al mismo tiempo. Nietzsche dirige su martillo contra la idea de una "cosa en sí". La potencia del pensamiento asociada a la de la vida pone al descubierto la esencia de la filosofía de un hombre que pensó el mundo y la propia existencia como nadie lo había hecho hasta ese momento.

Para Virginia Cano, el no nietzscheano, su rugido de león frente a la tradición decadente y nihilista que lo antecede, debe articularse con el sí que reivindica la vida, el cuerpo, la voluntad de poder y las potencias creativas del hombre. Lo que Nietzsche busca es que nadie tenga una "casa segura" del pensar. Y buena parte de la extraordinaria fuerza de sus ideas, y de su estilo literario, radica en ese punto. Nietzsche se pregunta en *La ciencia jovial* si la filosofía no ha sido hasta ahora, en general más que una interpretación del cuerpo y una mala comprensión del cuerpo. Detrás de los más altos juicios de valor por los que hasta ahora ha sido dirigida la historia del pensamiento, se ocultan malos entendidos acerca de la constitución corporal, ya sea de los individuos, de los Estados o de razas enteras. Y en *Así habló Zaratustra*, en el capítulo titulado *De los despreciadores del cuerpo*, sostiene: "El cuerpo es el mundo más allá de toda duda de un único sentido, una guerra y una paz, un rebaño y un pastor. Hay más razón en tu cuerpo que en tu mejor sabiduría".

El libro de Virginia Cano se completa con una selección de textos de Nietzsche que le permiten al lector profundizar en las ideas del filósofo. En ese sentido no es exagerado afirmar que se trata de un libro que bien puede acompañarnos largo rato. El escritor francés Emmanuel Carrère cuenta en *El Reino*, una suerte de novela ensayo sobre los orígenes del cristianismo, que todas las mañanas, en el desayuno, y antes de llevar a su hija al colegio, disfrutaba el café leyendo textos de Nietzsche. Lo mismo podría hacerse con el libro de Cano, dado que nos invita a pensar, una idea que queda dando vueltas en el cuerpo y que nos muestra que la filosofía no es una reflexión erudita vacía. Puede ser erudita, pero nunca vacía si la percibimos como Nietzsche hubiere querido: como un impacto en el propio cuerpo.

"La hipertrofia de la razón—escribe Cano—, es, en definitiva, la estrategia de supervivencia

de unos cuerpos que degeneran, que desesperan de sí mismos, y que sientan las bases de un 'tipo de hombre' que se desarrollará en Occidente con una fuerza demolidora y un predominio devastador". Desarrollar una ética de la duda y una filosofía de la precariedad, hacer de la incertidumbre y del temblor nuestra mayor virtud, aceptar que ningún sujeto es ajeno a la voluntad, al dolor y al tiempo y no querer abarcarlo todo con una explicación es un buen punto de partida para aceptar la existencia. Nietzsche ha sido y es un filósofo de

lo impensado. Virginia Cano lo expresa mucho mejor: "A este futuro intempestivo se dirige el 'pelligrino quizás' de los filósofos vendederos y de los espíritus libres. Hacia este por venir indeterminado y poblado de posibilidades se endereza la labor genealógica, crítica y desmitificadora de Nietzsche. ¡Pues que importa la libertad de desembarazarnos de los sentidos y valores heredados si no es por la libertad para un nuevo crear?".

Todo esto es pensar con los pies. Una aventura tan fascinante y renovadora como pocas. En general se piensa con el sentido común, que en mi opinión ha sido siempre el peor de los sentidos. Lo que hizo Nietzsche con la filosofía fue poner todo patas para arriba. Su apuesta es lo más vital: siempre de espaldas a la muerte y a favor de la vida. Su filosofía es absolutamente de nuestro tiempo. Por eso celebramos un libro como el de Virginia Cano, acaso porque se trata de una invitación a un modo de pensar que es un elogio a la precariedad y a la incertidumbre. Como mortales que somos sólo podemos aceptarlo con júbilo.



FRIEDRICH NIETZSCHE.

En *Desgracia indeseada* lo *Desgracia imposable*, según la traducción), el escritor austriaco recrea la vida y el suicidio de su madre, a los 51 años, con un lenguaje poco artificioso, austero, preciso y extrañado. Editado en castellano en 1975 por Barral Editores, es reeditado ahora por Alianza, que ha publicado casi toda su obra en prosa. Peter Handke, que también es poeta, dramaturgo y traductor, nació en Griffen,

Austria, en 1942. Se fue de su país (al que detesta) y abandonó la carrera de abogado para concentrarse en la escritura. "Bajo el título 'Varios' salió en la edición dominical del *Diario del Pueblo* de Kartner, lo siguiente: 'El viernes por la noche se suicidó a la edad de 51 años un arma de casa, de A (comunidad G), ingiriendo una fuerte dosis de barbitúricos". Así arranca Handke esta suerte de memorial.



Las palabras que hacen la poesía:

La poesía francesa actual



JUAN PABLO BÉRTAZA

La literatura francesa nos queda mucho más cerca de lo que dice el mapa. Nos movemos sin problemas –y sin preguntar demasiado– entre escuelas como el surrealismo o el *nouveau roman*, entre tendencias o caprichos literarios como las de *l'autofiction*, y hasta solemos identificar los grandes nombres contemporáneos: Houellebecq, Carrière, Lemaître y los últimos laureados con el Nobel: Le Clézio y Mediano.

Sin embargo, el asunto se complica bastante cuando ingresamos en terreno de la poesía actual, casi como si no hubiera habido nada después de Voltaire, Rimbaud o, más acén en el tiempo, Jacques Prévert.

Es cierto: durante muchos años la poesía francesa quedó algo paralizada por el concepto detrás de ese célebre diálogo entre Mallarmé y su amigo Edgar Degas en el que el pintor impresionista (que también quería ser poeta) se quejaba de que no le salían los versos pese a las muchas ideas que se le ocurrían, a lo que el autor de *Un golpe de dados le respondió*: "La poesía no se hace con ideas, se hace con palabras".

La misma idea puede leerse en la extraordinaria novela *Los monederos falsos* de André Gide cuando un adolescente que empieza a dar sus primeros pasos literarios revela lo que le dijo su tío acerca de los poemas que, sin querer, le había mostrado: "Me dijo que mi error era partir de una idea, y que yo no me debía guiar lo suficiente por las palabras".

Palabras, palabras, palabras. Gerard Cartier –destacado poeta pero además ingeniero y responsable por el tiempo del canal de la Mancha (el segundo túnel más grande del

mundo después del Seikan japonés) y de la conexión ferroviaria de alta velocidad que va de Lyon a Turín– habla y diagnostica esa especie de parálisis poética post Mallarmé en la introducción a su *Antología de la poesía francesa actual* que acaba de traducir al castellano Levatán: "Luego de un largo período de excesivo formalismo durante las décadas de 1970–1980, que vio a los himnos de Mallarmé imponer una ortografía seca y a menudo hermética de la escritura en nombre de la primacía de la forma y del rechazo al lirismo, el deshielo produjo un florecimiento de escrituras de extrema variedad.

De ese deshielo abreva, enton-

ces, este panorama de la poesía francesa contemporánea que tradujeron de manera impecable Lucía Dorin y Bárbara Poy Sowerby, tal como expresa Luisa Pitoranqui (uno de los grandes nombres del catálogo de la editorial) en la dedicatoria que escribió a manera de prólogo.

Bajo el inequívoco título de *En eros*, esta compilación que tiene una enorme importancia para el lector hispanohablante de la poesía francesa, cuenta con quince poetas nacidos entre 1932 y 1970

que lograron imponer su nombre en la poesía francesa pero que, hasta ahora, no habían llegado a estos lares.

Variedades geográficas –Marie Etienne nació en Vietnam, Paul Keingey en la región de Bretaña y Emmanuel Moses en Cabalancia (solo para nombrar los casos más distímiles)– pero también variedades de registros como sucede con el enorme contraste entre poéticas que parecen dedicadas a pulir las palabras desde la torre de marfil y otras como las de Gérard Noiret, un poeta que supo dividir su tiempo entre la escritura y el oficio de asistente social en la periferia de París, la famosa banlieue a la que le dedica buena parte de su obra.

Aunque resultaría imposible resumir los temas que son abordados en esta antología es cierto que la triada que predomina (como sucede casi en cualquier antología no temática) tiene que ver con el amor, la muerte y la propia creación poética. Un triángulo temático que, dicho sea de paso, quizás conforme un único tema como bien sugiere Guy Goffette en su "Lumbia del capricornio": "palabras sobre papel que / que ya no dicen nada más sino que fueron/ escritas, leídas y releídas / por un ciego que baila en el incendio".

También abundan las referencias, homenajes y citas literarias a autores como Pessoa, Giacomo Leopardi, Cavafis, Shakespeare y el mismo Borges, a quien otra vez Goffette le dedica un poema que repasa muchos de los emblemas de su obra: "Un día, la noche se establecerá sobre todas las cosas y felicidad y desgracia podrán mirarse / a los ojos ya que los espejos habrán dejado de oponer el hombre a su vano reflejo. El tigre / (...) Aquel que se creía ciego, tímido, sin / valor, descendió a los infiernos de Beatrix / ofreciéndole su vida a una / mujer del Tiempo, aflojando otro, ese doble desconocido / detrás de la puerta, que hace sangrar las rosas".

Aunque hay poemas extensos y hasta algunos poemas en prosa, la mayoría son breves y la fragmentariedad parece estar a la or-

den del día. Una fragmentariedad que, por supuesto, alcanza a la propia voz poética que, por momentos, aparece dividida o quebrada como expresa Marie Etienne en "La adoración perpetua": "volvase uno mismo otro mundo para quien aún pudiera venir".

Quizá por eso la sensación de que muchos de estos poemas parecen escritos en los intersticios de los estilos y estéticas más rigurosas. Y aunque se trata de voces poéticas que pueden hacer referencias tanto al pasado como al futuro es cierto que el presente parece ser el tiempo más recurrente, tal como lo expresa en uno de sus poemas Emmanuel Moses: "Pero todo eso habría podido pasar en otro lugar / con una terraza y una tormenta de verano, un paisaje de vís / fétrea / con se pierde en el horizonte / Esto es lo que no era posible aprender, sentir, en ese entonces, / El valor de esos instantes / puros de eternidad.

París, como un gran presente geográfico, también se vislumbra y observa y reconoce en muchas de las páginas de este libro, como sucede en el poema "Hurra por los muertos" de Franck Versaille: "Capital exacta a la cita que le doy / Ciudad donde palabreo largamente con mi peor adversario / yo, en vestido ajustado".

Totalmente conscientes de que la fealdad también puede ser poética. Enterados de lo que sucedió aquella noche en medio de la temporada en el infierno en la que Rimbaud injurió a la belleza luego de sentarla en sus rodillas y encontrarla amarga, estos poetas franceses actuales también parecen ir más allá, aun cuando el próximo paso lleve siempre a un abismo.

Dice Guy Goffette en "Un poco de oro en el barro": "estoy en el mundo, el cielo es azul, nubes / las nubes y que importa el grito sereno de las manzanas / en la tierra / de la vida / de la vida / de la vida / a desaparecer y que, sabiéndolo / no por eso todo deja de fluir".

MALO NO SE NACE, SE HACE: UNA ANATOMÍA DE LA MALDAD EN LAS SERIES

En *Los nuevos malos*, un detallado libro que oscila entre lo sociológico y lo comunicacional, el especialista francés François Jost toma a los protagonistas de las series estadounidenses *Deadwood*, *Dexter* y *Breaking Bad* para analizar el rol de la maldad. El libro de Jost trabaja el desplazamiento de las líneas del bien y el mal, el surgimiento de estos nuevos arquetipos de malvado en

entornos donde se disuelven las ideas de comunidad y la atracción que generan en el público. Se trata de un ensayo sobre esos hombres de ficción que aparentan cierta normalidad en sus vidas y que, por diversas circunstancias de su propia realidad y en crisis con el sistema, devienen personas malas que tienen en común algo aún más fuerte: "cuestionan una parte del sueño americano", dice el autor.



4 ■ REPORTE NACIONAL ■ SLT ■ JUEVES 11 DE FEBRERO DE 2016

DIRECTOR DEL SUPLEMENTO LITERARIO TELAM: CARLOS ALETTI ■ SLT.TELAM.COM.AR



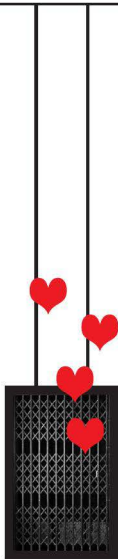
CONTRATAPA

→ Luis Soto

“Vivíamos en el mismo edificio, él en el tercero F, o H, yo en el octavo B, pero nunca se nos había dado de conocer. Hola, buen día y punto, eso era todo. Los dos estábamos casados. ¿Sabe qué? No entiendo por qué le estoy contando algo tan... Será, nomás, porque no nos conocemos y lo más probable es que no volvámos a vernos. Una noche hubo un corte de luz y el ascensor quedó plantado. Este hombre, Gustavo, y yo éramos los únicos que habíamos subido. Él dijo algo, no recuerdo qué. Yo estaba incómoda, mi marido era terriblemente celoso. Gustavo gritó ¡auxilio!, se ve que no lo escucharon. En esa época no había celulares. De pronto él se arrojó y empezó a besarme el cuello. Sin hablar, nada. ¿Qué hace?, usted está loco...”, dice en voz baja, imagínese... Te amo, dijo. ¿Se da cuenta? Te amo. A una mujer que no sabe ni cómo se llama. Tal vez dijo te quiero. Y siguió acariciándose. La cosa habrá durado 5 minutos. ¿Si yo sentía placer? Me parece que no, rechazó tampoco, estaba muy excitada. En eso se asomó el encargado y sacó la puerta del piso más cercano. Mientras ayudaba a Gustavo a salir por el hueco yo me arreglé un poco, el pelo, la boca. Este momento fue nuestro, ni una palabra a nadie...”, alcanzó a decir él antes de salir del todo. Ya había llegado mi marido. No quiso que me tocara el encargado, al final pude zafar. Me tuvo loca más de una hora. ¿Qué pasó?, te hizo algo?, tiene cara de degenerado. Gustavo dejó pasar unos días y me cruzó en el supermercado. Desde esa noche no puedo dormir, necesito teñirme, decía. Le expliqué, no tenía tiempo y mi suegra vivía con nosotros. Mañana temprano, a las 8, te espero con mi coche en Malabia y Calherna diré. O Guarini. Seguro que quedará en el camino. Mi marido sale a las 7 y cuarto. Deci-

me que vas a estar, me apuraba. Los dos sabíamos que iba a ir. Para disimular yo había agarrado un identificador, Gustavo un peine. ¡Tenía mis miedos, ahí me solté. ¿Estás sano?, me animé a preguntar. Eso fue en 1981, recién se hablaba del sida. Dijo que sí. ¿Te cuidás? No. Bueno, yo no puedo tener orgasmo”.

Sentadas hace más de una hora en la sala de espera de un hospital del barrio de Coghlan, la señora de vestido y turbante color lila percibe que crece una borrosa sensación de arremetimiento por haber contado a su ocasional vecina de asiento el comienzo de una relación prohibida. Y con frases que la comprometen. A la otra puede pensar que sería una reventada, además mi marido está en el servicio de urología, si lo atienden antes que a mí, y se acerca, qué escena ridícula, sobre todo para él —considera madame. Luego de registrar la palabra orgasmo la vecina se corrió, ahora las separa un asiento vacío. Madame había iniciado la charla mostrándole el pupileto del turno con el número 72. Justo me tocó mi edad, comentó divertida. Yo le dabas más de 65, dijo la otra, y agregó: que bien le queda el turbante, mi abuela lo usa siempre, y apunta fina. No lo uso por elegancia, me obliga la quimio, aunque ya me está creciendo el pelo, prologó madame sus confesiones. Acaban de cantar el 72, avanzando con notoria dificultad, una greña venda le cubre una pantorrilla, madame va hacia el mostrador. Apreciándola como una escultura, sentada era un busto de aireosa presencia, en marcha se reducía a una figura maltrecha. La empleada pide la credencial y la orden de Pami, y le hace firmar un formulario. Dime el frasquito, dice después. ¿Qué frasquito? La orina. Madame busca en el bolso, pero no lo encuentra. Se ve que quedó en el vestidor. Dime el frasquito. Mañana, de mañana, de 8 a 11, sugiere la em-



pleada. Me aguanté casi dos horas de espera. Salvo que compre un recipiente en la farmacia y orme en el baño. Yo soy un reloj, le orino a las 6 en punto y antes de acostarme, calcule las 11, ahora no tengo voluntad. La espero mañana, entonces. Esta piedra maldita, me voy a caer, exclama madame. ¿Alguien que sostenga a la señora!, alerta la empleada. Madame se recuesta en la pared y desiza por su frente y las mejillas un pañuelo embebido en alcohol. ¿Está mejor? Pausa, ¡ajé, no mucho, pero sí, pues por medio me ha un frasco lleno, disculpe el atrevimiento, yo habrá sobrado un poco”, está a nombre de Lugin, María, se despacha madame. La empleada no contesta, opta por contar el episodio a su jefe, que encara a la señora. Una vez hecho el análisis eso se tira, ¿cómo vamos a guardar la orina de miles de pacientes? A las 10.40 madame regresa desolada a su asiento, que reservó apoyando una revista. La empleada ha mudado de fila. A un costado hay un almancaque, marca que es el 8 de abril de 2011. A partir de la fecha nace una certeza: exactamente cada 10 años se impone la tentación de contar la historia del corte de luz.

La timidez de Eugenio Lugin, acentuada por las circunstancias, lo ha llevado a ubicarse en un rincón de la sala de urología. Como a otros tres pacientes que se ha impuesto no mirar, le han introducido una sonda en la uretra. Lugin observa el utensilio y surgen distintas asociaciones. Una épica, con el periscopio de un submarino — se acuerda de una película yanqui, plagada de despreciables japoneses, “La patrulla de Bataan” —, y una doméstica, lo ve como una vulgar bombilla. Me tomaría unos mates, ahora. Pero las instrucciones son precisas: se me queda parado hasta que yo lo requiera. Me quedo en el baño. A las 11.25 un enfermero le trans-

mite un mensaje de su esposa: le duele la pierna, dice que lo espera en su casa. Lugin espía por un ventanal abierto. El doctor Trenti conversa con un grupo de colegas y visitantes médicos. Hablan de los drones que se usaron para bombardear Siria. Pensó en fines pacíficos, en cualquier momento no vamos más a hacer visitas a domicilio, mandó un drone, meta mosca desde tu consultorio, mirando jugar a Messi y Suárez, desca un médico joven. Lugin descubre que dos de los tenedores de sonda se han ido. Doctor, llama con voz lastimera. Ahí se va otro, quedo yo sólo. Risas, fantasías, la charla no decae. Al rato se dispersan, terminó el recreo, celebra Lugin. Doctor Trenti, insiste. Ante el nuevo llamado el doctor se da vuelta. Eres vos... dice, no creas que me olvidé, pero sí venías diciéndome doctor Trenti, cómo te iba a dar bola, yo soy Bevacqua, se me encastró el dental en el quirófano y Trenti me presió el estuyo, llega la confusa expresión. Estuyo clavado en esta baldosa desde las 9 y 5, usted dijo que lo esperara. Ya te di el tratamiento, es simple, en el almuerzo un lomito a la plancha, una papa al natural y si querés, un vasito de vino; a la noche, compota de ciruelas, informa el doctor Bevacqua quitándose el dental que en letras azules identifica al doctor Trenti. ¿No me va a revisar? El doctor Bevacqua consulta la ficha: Lugin, claro, no hace falta, abuelo. ¿Pero cómo me encuentras?, mendiga Lugin mientras calcula 50 del lomito, 15 la compota, 5 el vino y no te cobro la papa. Ocupado en recoger sus cosas el doctor Bevacqua no responde. ¿Entonces ni usted, ni Trenti me encuentran?, es la resignada reflexión de Eugenio Lugin. ¿Qué me habías dicho? Lo pregunté... Ah sí, te digo que está hecho un pedregajo, cada tanto podés echarle un pedregajo. ¿Cómo se arregla de la compota?

Placer,
ascensor,
frascuito,
bombilla

vistas Argentinas